

Jesu Cristo es el culmen de todas las cosas

HOMILIAS - 4 de diciembre de 2000

I Lunes de Adviento

San Juan Damasceno

Estamos en un período paradójico del calendario de la Iglesia. Al inicio del nuevo Año Litúrgico nos estamos acercando a la conclusión del Gran Jubileo del Año 2000.

Las celebraciones extraordinarias terminarán en la solemnidad de la Epifanía del Señor 2001.

Estamos concluyendo nuestra acción de gracias de un año entero por el acontecimiento inesperado en la vida de María, la Virgen-Madre de Nazareth

Pero la realidad es que el Tiempo de Adviento completa el Jubileo del 2000. Las lecturas de Adviento nos proponen una extraordinaria riqueza de vida. La unidad entre la dos lecturas de hoy es la esperanza, la esperanza de todos los pueblos: "muchos pueblos vendrán...". Así la liturgia acrecienta nuestra esperanza. La Iglesia no quiere que nuestra oración se limite a un horizonte personal, sino que esté abierta a acoger los deseos de cada uno, todas las aspiraciones de todos los pueblos de manera que puedan encontrar su cumplimiento en Cristo. Es a Él a quién "afluirán todas las gentes".

Este es el verdadero significado de la nota de catolicidad. La Iglesia es católica no en el sentido que de facto en ella se incluyen pueblos de todo tiempo y lugar, sino que es católica por el hecho que sabe que Jesucristo se dirige y puede realizar las esperanzas y deseos de todos los hombres y mujeres de todo tiempo, de toda cultura, de todo lugar. En efecto, la Iglesia era ya católica en la habitación del piso superior en el primer Pentecostés en el Monte Sión.

Esta profunda certeza de la nota de catolicidad ha sido uno de los muchos frutos del Año Jubilar. Al abrazar con los ojos los más de dos millones de jóvenes reunidos en Tor Vergata el 20 de agosto del verano pasado, he dado gracias a Dios por concedernos que la gracia del Espíritu de Jesús actuara en el corazón y en la mente de los jóvenes provenientes de innumerables pueblos, tribus y culturas de los cinco continentes.

Por tanto, en el primer Adviento del nuevo milenio, debemos abrir nues-tro corazón, pensando en todos los que no conocen al Señor o no lo quieren conocer y sin embargo tienen de Él una dramática necesidad.

El año jubilar ha reforzado mi convicción de que el Hijo Encarnado de Dios en la Cruz, renueva y une todas las cosas entre el cielo y la tierra. Extendido en la Cruz, que es amplia como el cielo y que se levanta entre tierra y cielo, Él es "el culmeno de todas las cosas, el fundamento del universo, la unión del cosmos... Él es la totalidad de todas las cosas" (antiguo escritor cristiano).

Nuestras vidas deben ser un testimonio, libremente dado, que lo revela a todos. Ningún amor puede ser comparado al amor de Jesús por nosotros. Unido al mundo por la indisoluble unión de dos naturalezas distintas - divina y humana en una única Persona - Dios nunca más será sin el mundo. Dios ha designado y predestinado al hombre para ser hermano de su Eterno Hijo, hecho hombre. Por amor nuestro, solamente Jesús ha conocido lo que significa vivir en el Padre, reposar en su corazón, amarlo, aceptar su misión, y Él solo ha podido conocer también el significado pleno de ser abandonado por el Padre. El Cristo Crucificado se ha hundido en la noche del abandono por parte de Dios y del informe caos infernal, de manera que Jesús ha unido a Dios y al mundo en la alianza nueva y eterna.

Sólo el amor de Jesús por nosotros, que revela el amor del Padre, es creíble. Pero, como Jesús ha advertido, sólo los puros de corazón pueden ver este amor. El ha puesto al niño despreciado como al que se considera el más grande y el camino que lleva a Jesús y a Dios que lo envía, es la aceptación de este "pequeño" "en mi nombre". Por eso el Bautismo se llama Sacramento del renacimiento: ¡A través del Bautismo nos hacemos hijos de Dios en Cristo, su único Hijo!

Todas las esperanzas de quienes aspiran a ser libres, todos los sentimientos bellos sembrados por Dios y deseados por los hombres, los llevamos en nosotros mismos, los hacemos más vivos. Así es importante que nuestra plegaria sea por la salvación del mundo.

El Evangelio nos dice como debemos ir al encuentro de Cristo. Primeramente tenemos que saber lo que necesitamos recibir de Él. El centurión ha pedido la intervención de Cristo para su siervo sufriente. Nosotros también necesitamos tener presentes nuestras necesidades, ser conscientes de nuestra miseria.

Pensemos en la humildad del centurión. Aunque tengamos tantas necesidades, aunque

llevamos tanto sufrimiento en nuestra vida, no somos dignos de importunar a Cristo. El centurión ha comprendido el intento del más revolucionario de los mandamientos del Jesús: "En verdad, en verdad os digo, el que no recibe el Reino de Dios como un niño no entrará en él". No debemos pensar que sea natural que el Hijo de Dios nos cuide; no nos lo merecemos. Pensemos en la fe del centurión. La sorpresa de Jesús ante su fe demuestra que, cuando realmente existe, la fe tiene siempre algo de milagroso. Él no descarta la fe del oficial en sus palabras; ni siquiera distrae su atención como hacen los profetas, los apóstoles y hasta los ángeles. Al contrario, dice que es una expresión de "gran fe". Esto demuestra que la fe no es simplemente aceptar una doctrina, aunque lo incluye, ciertamente. La fe se expresa siempre en términos de vida. En el Bautismo, el sacerdote pregunta que se pide a la Iglesia. Nuestra respuesta es: "¡la fe!"

Saber que Cristo tiene el poder de darnos libremente nueva vida y que es capaz de actuar y quiere actuar en favor nuestro, nos exige que le dejemos escoger el modo de acercarse a nosotros. Un cristiano de hoy que se encuentre en la situación del centurión, podría desear que Jesús vaya personalmente a su casa, que complete el milagro personalmente y visiblemente. El centurión ha rehusado esto, se ha conformado con algo menos fuerte, pero en realidad ha sucedido algo mucho más profundo y comprometido: que Cristo estuviera presente solamente con su palabra y curase a su siervo.

Este punto es muy importante. No debemos pedir al Señor que venga a nosotros a través de una manifestación externa de su poder. En Adviento debemos llegar a una forma más profunda de fe. Cristo subraya la fe profunda del centurión.

Pidamos a Cristo que ayude nuestra fe para acogerlo del modo que Él quiera presentarse. Porque Él se revela siempre de la manera más adecuada a nuestras necesidades. Por cuanto Él ha sufrido por nosotros y a través de la entrega eucarística de su vida, Jesús nos comunica el poder interior de hacer la voluntad del Padre junto con Él.

Así en Él, por Él y con Él ofrecemos nuestra Gran Plegaria de Acción de Gracias al Padre.

S. Em. Card. James Francis Stafford

III ASAMBLEA ORDINARIA - Roma, 2-6 de diciembre de 2000

Acción Católica: fieles laicos que viven la novedad del Evangelio y son signo de comunión

LA PERMANENTE ACTUALIDAD DE UN DON DEL ESPÍRITU